

SANTANDER.—LUNES 12 DE ABRIL DE 1886.

AÑO I.

LAS PROFECIAS.

En la historia de la pasión hemos visto (1) que se habla con frecuencia del cumplimiento de las profecías: importa, por lo tanto, que se vea lo que fué predicho de aquel grandioso acontecimiento por los profetas, lo consignemos ahora, siquiera sea para completar la narración de un suceso que tan marcada influencia tuvo en los destinos de la humanidad.

muerto y resucitar al tercer día. (7) Otra vez les dijo que él había venido a salvar lo que había perecido, (8) y ya cercano el día de su muerte conoce la traición de Judas y, lejos de evitarla, sale al encuentro de los que iban a prenderle, repitiendo:—'Yo soy el que buscáis.' (9)

Señor, porque estoy angustiado. Acércate a mi alma, redimela, librame a causa de mis enemigos. Tú sabes mi afrenta, mi confusión y mi oprobio: delante de mí están todos mis enemigos. La afrenta ha quebrantado mi corazón y estoy acongojado; esperé quien se compadeciese de mí, y ninguno se compadeció. Pusíronme, además, hiel por comida, y en mi sed me dieron a beber vinagre. Porque persiguieron al que tú heriste, y cuentan el dolor del que tú llagaste. (16)

dice que «mientras se están quebrantando mis huesos, mis enemigos me afrentan diciéndome: ¿Dónde está tu Dios?» (28), imágenes de los insultos que recibió Jesús pospuesto al vil Barrabás.

Deo que es el grito que el alma ansiosa da, cuando se lanza en alas del amor y la esperanza a la ignota región del infinito.

F. NEAPOLIS.

UN POETA MONTAÑÉS.

De pocos era conocido como poeta Manuel Madrazo y Sánchez de Tagle. Al inaugurarse en Santander hace cinco ó seis años la Sociedad denominada Juventud Católica, leyó Madrazo ante ella una oda á Cantabria, y esta fué la única obra que de él conoció el público.

(1) Este artículo es un capítulo de La cruz del Calvario, estudio histórico sobre la pasión y muerte de Jesucristo.

(7) San Mateo, xvi-21. (8) San Mateo, xviii-11. (9) San Juan, xiii-4 a 8.

(16) Salmo lxxviii-18 á 27. (17) Salmo xxii-15 á 18. (18) Salmo xxii-6 á 8.

(28) Salmo xlii-10. (29) Salmo cxvii-92. (30) Isaías, xi-10. (31) Castelar. La civilización en los cinco primeros siglos del cristianismo. Sección tercera.

(32) Salmo lxxviii-18 á 27. (33) Salmo xxii-15 á 18. (34) Salmo xxii-6 á 8. (35) Quinta palabra que Cristo habló en la cruz. (36) San Mateo, xxvi-39 á 41. San Lucas, xxi-35. San Marcos, iv-29 á 32. (37) San Mateo, xxvii-46. San Marcos, xvi-34. Cuarta palabra que Cristo habló en la cruz. (38) Salmo xxxiii-12. (39) Isaías, lxxi-6. (40) Salmo lxxviii-11. (41) San Lucas, xxiv-40. San Mateo, xxvii-45. San Marcos, xv-40. (42) Isaías, l-6. (43) Salmo xi-21.

Y mezclados sus ásperos crujidos
Del cántabro feroz grito de guerra
Al alarido bronco,
Con levantisco empuje, de la tierra
A los cielos lanzarse el igneo tronco.

Los siglos venideros
Hallarán tu memoria
Consagrada en sencillas tradiciones;
De los cántabros lares
Leyendas surgirán de tus hazañas
Al calor de los rústicos hogares;
Al cruzar solitario tus montañas
En la noche serena,
El campesino entonará cantares,
Y allá de las cabañas
Responderán y de la vega amena,
Con voz que el mundo llena,
Los ecos de las auras populares.
En tanto el alma mía

En tu seno feliz, patria querida,
Do vi la luz primera,
Disfrute placentera
Los más tranquilos goces de su vida,
Desde la cumbre enhiesta
De alguno de tus montes, la venida
Del astro rey cantar; llorar su puesta;
Disfrutar, con el ansia y el deseo
De la dicha perdida,
Reparador descanso
Junto al suave remanso
De la apacible y cristalina fuente;
Al melodioso arrullo
De la paloma, al trinar del gorjeo
De las canoras aves, y al murmullo
De escondida corriente,
De añoso roble ó de copada encina
Tomar la fresca sombra;
Y el purísimo ambiente
De la brisa marina
Libre aspirar sobre tu verde alfombra.
Mansión de bienandanza
Que en la tierra, en el monte y la pradera,
Nos muestras con tu eterna primavera
El risueño color de la esperanza:
Ya que, virgen tu suelo
De tiránica huella, fué mi cuna,
Sé también complemento á mi consuelo,
ne por colmo tendré de mi fortuna,
Cuando mi yerto corazón no vibre,
Dormir el sueño eterno en tierra libre.

M.

MAS SOBRE LA CONSTRUCCION

DESCUBIERTA AL O. DEL CASTILLO DE S. MARTIN

En el núm. 77 del *Boletín de Comercio*, correspondiente al día 4 del actual, y con el título de «Mas sobre el Hypocauste», se ha publicado un artículo en el cual su autor, el Arquitecto señor Pérez de la Riva, menospreciando las razones que yo aduje para creer que aquella construcción podía ser parte de la cripta de la antigua capilla de San Martín, se afirma y corrobora en su declarada opinión de que es un «Hypocauste» porque allí (en la construcción) no se guardan otras reliquias que las del fuego, «cuyos vestigios son tan ostensibles, que hasta el buen sentido de cuantos han visto aquellos restos no vaciló en llamarlos horno, por las patentes señales de los usos igneos á que estaban destinados».

Y no da otras razones el señor Pérez de la Riva en apoyo de su tan averiguado parecer. Ciertamente que es de peso lo que apunta y aquí se transcribe; pero da la maldita casualidad que del tal fuego invocado no quedan otros vestigios ni otros humos que los que le han metido en la cabeza al señor Pérez de la Riva sus libros de dibujos de allá y acá, que con tanto entusiasmo cita para confundirme.

Ha de saber, pues, este señor, que del «limitado campo de los datos históricos» que poseo de la provincia de Santander, forma ya parte un documento muy reciente y que bien puede llamarse *facultativo* por su procedencia, según el cual la construcción de San Martín no conserva la menor señal de fuego, pero sí muchas de humedad, y no puede ser hypocausto, por carecer de hogar y otras cosas que, como debe saber el ilustrado Arquitecto, eran propias de estos aparatos de calefacción.

En una palabra, todo lo contrario de lo que afirma el Sr. Pérez de la Riva para demostrar que lo descubierto en el cerro de San Martín es un hypocaustum romano.

A mayor abundamiento, en este Instituto de segunda enseñanza se conserva la construcción misma, entera y verdadera. Examinéla bien despacio quién dude la verdad de lo declarado en el documento aludido, y averigüe después del Sr. Pérez de la Riva cómo se las compuso este para ver esos *patentes vestigios del uso igneo* á que estaba dedicada la construcción, y que afirma haber visto.

Por lo demás, es decir, por lo tocante al desdén con que se refiere á las colecciones de mi archivo, y á ciertas preguntas que me dirige, permítame el señor Pérez de la Riva que le haga notar que se ha olvidado de lo avanzada que está ya la Cuaresma, y de que, como cristiano viejo que soy, me hallo provisto de la correspondiente cédula de examen.

EDUARDO DE LA PEDRAJA

Santander 10 Abril de 1886.

RIVERITA.

NOVELA ORIGINAL
DE D. ARMANDO PALACIO VALDÉS.
Siempre que mi atrevimiento indisculpable me excita á manejar la pluma, y ayudado solo por mi leal y corto entender, penetro osadamente en el difícil campo de la crítica, me acuerdo de uno de mis catedráticos de Literatura y procuro tener presente que, como él decía, los escritores, parecidos en esto á los astros, son de primera, segunda y tercera magnitud. Armando Palacio, por ejemplo, literato simpático y delicado como muy pocos, no ha llegado, ni llegará tal vez, á ser un sol en el cielo del arte; pero es, sin duda alguna, uno de los astros

más claros y brillantes de segunda fila. Excepción hecha de los cuatro maestros de la novela española contemporánea, haciendo caso omiso de Pereda, Galdós, Alarcón y Valera, nadie podrá negar en justicia que á él le pertenece el primer número en el escalafón de novelistas, y que sin decaer, como la Pardo Bazán, de *Un viaje de novios* á *El Cisne de Vilamorta*, va, por el contrario, estudiando mucho, corrigiendo los antiguos defectos y señalando notables adelantos. Desde su primera novela, *El señorito Octavio*, vago estudio de principiante, hasta la última, cuyo examen origina estas líneas, detenida narración que, por desgracia, no llega á complacer del todo, ha venido confirmando sin interrupción las esperanzas que en él se fundaron á la aparición de sus primeros libros, y, demostrando siempre facultades muy envidiables, dejó atrás, pero muy atrás, en el camino literario, á Ortega y Munilla, imitador demasiado fiel de conocidísimas novelas francesas, y á Jacinto Octavio Picón, escritor joven de algún mérito, y superior, según muchos dicen, al autor de *El Guante*, aspirante decidido á la plaza de Octavio Feuillet español.

Siempre fueron las producciones de Palacio Valdés aplaudidas cariñosamente en periódicos y revistas, y todos los críticos las juzgaron siempre haciendo justicia al feliz ingenio del autor. Lo mismo sus primeros ensayos literarios, reveladores de talento é instrucción no comunes, colección de semblanzas bien dibujadas de poetas, oradores y novelistas, que sus libros de los últimos años, pruebas gallardas de observación y fantasía, le han alcanzado un nombre respetable entre los escritores de hoy y le han colocado merecidamente en la línea inmediata á la de los grandes maestros. Afiliado á la escuela realista, traspasando en muchas ocasiones los límites de esta y llegando al naturalismo, siempre supo tender un velo delicado sobre las desnudeces de este y aprovechó sus aficiones para hacer gala de su fácil manejo del pincel y dar marcadas pruebas de su mirada observadora. En una palabra, siempre se mostró digno de la fama que le corona, aunque no todo sean bellezas en sus libros y adolezcan estos de defectos de bastante bulto.

Hay en *Riverita* algo, difícil de explicar, que seduce y encanta, y que, á pesar de la excesiva sencillez del asunto y de la carencia absoluta de interés dramático, obliga á leer con delectación las quinientas páginas próximamente que componen reunidos los dos tomos y obliga también á no descansar en la lectura y á querer vivir dentro del cuerpecillo del travieso hijo del brigadier. Hay, entre tanto problema que se examina, tanto lugar que se visita y tanto personaje que se conoce, algo misterioso, obra de la habilidad del autor, sin duda, que impide que se fatigue el ánimo y el lector se marée, al ver desfilarse ante su vista, como si se valiera del estereoscopia de Romillo, juegos de chiquillos y riñas de hombres; escenas de colegio y sucedidos de Ateneo, ensayos de ópera casera y rigores injustos de madrastra, discusiones sobre tauromaquia y ridiculeces de presumidos, celos de cadete y bromas de Carnaval, consecuencias de bromas y becerradas en los Campos, manifestaciones de Caridad y cogida del *Serranito*, redacción de un periódico y estancia durante el verano en Pasajes, cansancio de amante y desafío á sable en la quinta de Vistalegre, muertes y casamientos, dolores y alegrías, comer y beber, dormir y viajar, estudiar y calaverar por las calles, escribir y rezar, en fin, todos los lugares más comunes y todas las necesidades y costumbres de la vida.

No acierto á explicar esa causa, fruto del arte y obra del ingenio. No se halla particularmente en ninguna parte y se extiende por todo el libro. Es, por un lado, atracción, por otro, curiosidad, efecto sin duda de luz que se refleja en la novela; pero que de ella no irradia; deseo de lo que parece que va á encontrarse al dar vuelta á la hoja y que, sin embargo, no aparece.

Un crítico ilustre comparaba á la Pardo Bazán con los Goncourt; yo, sin ser una cosa ni otra, encuentro alguna semejanza entre Palacio y Alfonso Daudet. El autor de *Fach* es naturalista en toda la extensión de la palabra; naturalista convencido que inspira sus novelas en las modernas doctrinas estéticas y no presenta en aquellas más personajes que los que ha conocido en el mundo y han pasado por este con otros nombres que los designados en el libro; pero nunca ha llegado á traspasar ciertos límites convencionales ni ha llevado hasta la más exagerada consecuencia los principios de la nueva escuela: el autor, de *Aguas fuertes* es también partidario de estas teorías, solo trata de hechos reales en sus novelas, y, atento á lo que la observación le dice, se inspira fielmente en la realidad; mas consigue señalar rasgos de puro y verdadero idealismo al analizar hechos y personajes, y siempre ha sabido derramar algún rayo de luz entre las páginas más sombrías. El novelista francés, demostrando una personalidad literaria imposible de desconocer, y una independencia que ha obligado al pontífice de la secta á no contarle entre sus adeptos, emplea igualmente todos los colores, los más claros y los más oscuros, y estudia al hombre tal como es, sin materializarle y envilecerle, analizando sus virtudes y sus vicios; el joven escritor asturiano no desciende á las crudezas hoy tan en boga ni considera solo la materia, comprende que hay

algo superior á esta, fuera del alcance del escalpelo, adivina cosas más bellas que las que la fatalidad produce, y escribe á ratos con calor, con nervio, aspirando á que la frase exprese vivamente la idea, y no sea resultado de estudio por demás frío y calculador. Siempre hay algo simpático en los libros de Daudet, algo que compense al alma de las miserias y prostituciones que le entristecen con frecuencia, algo, como Divonne, Alicia Joyeuse, la reina de Iliria, el mismo Nabab, las hermanas de Juan Gaussin, que se ajuste á la *verdadera verdad* y sirva de confirmación de que no todo es malo en el mundo: siempre hay también en las novelas de Armando Palacio un oasis encantador que convida alegremente á descansar de las arideces del desierto naturalista, ráfagas de viento jugueteón que refrescan el ánimo, fatigado por divagaciones y análisis, personales, como Marta, como Julita, Rosa, don Fernando Rivera, Andrés Heredia, que excitan todo el interés del lector y le mueven á seguirlos en el relato de sus historias.—¿Será por esto, consistirá en esta semejanza de cualidades que alcanzaron para el autor de *La Petite Chose* tantas preferencias, estrará en esa falta de decisión naturalista ese algo que como nieblecilla sutil flota en todos los libros de Palacio Valdés y hace interesante su lectura, echando un velo sobre los defectos y distrayendo al ánimo de un modo que no se alcanza á descubrir la causa de tan beneficioso influjo...

leyendo con atención el último libro de Armando Palacio, entendiéndolo, como deben entenderse, los capítulos que le forman, se encuentran con bastante frecuencia en él muchas bellezas de primer orden y rasgos acertadísimos de una pluma culta y galana.

Desde las primeras páginas hasta las últimas, haciendo caso omiso de alguna escena demasiado picante y algo impropia en que figura D. Juan Vigil, hay á cada paso observaciones y detalles que no pueden menos de ser admirados y aplaudidos. Reveláanse en todos ellos un estudio muy acabado de costumbres y de hombres, y demuestran muy claramente las notables facultades del autor. La conversación de D. Bernardo con su sobrino Miguelito, las travesuras de este y su primo Enrique, las cómicas escenas durante la comida en casa de doña Martina y la manera de hablar de Arturo del Valle, personaje que da motivos á la suspicacia para suposiciones más ó menos fundadas, las aventuras del tío Manolo, los juegos de los hijos de don Fernando, la descripción del colegio donde encerraron á Riverita y las aficiones de este á la planchadora, las aspiraciones *toveras* de Enrique, ya hombre, y el relato de la becerria en que tomó parte, los celos y fanfarronadas de Utrilla, la conversación de los toreros en el Café Imperial, los amores del protagonista con la generala Bombó, parecida en mucho á la generala de *El Escándalo*, la redacción de *La Independencia* y las pedanterías de Mendoza, la cogida de *Serranito*, tan perfectamente contada como otro idéntico suceso en una de las obras de Fernán Caballero, la pasión de Miguel Rivera por Maximina, todo esto, y mucho más que no recuerdo en este instante, está presentado de mano maestra en la novela y acusa un talento nada común.

Tal vez se note más fresca y más colorido, pinceladas más espontáneas en las felices descripciones de *El Idilio* y en algunos pasajes de *José*; pero es en estas novelas menos profundo el estudio y menos reflexivo el cálculo. Hay en ellas precipitación y entusiasmo, afán de la pintura de paisaje y marina, sentimiento de artista delicado; pero no se encuentra la observación detenida que creó á *Riverita* y fué haciendo prolija historia de su vida. Cuadros hay en esta novela que no rehusarían firmar los grandes maestros, bosquejos medio delineados que aprovecharían con gusto en sus grandes obras. Todo encuentra en el libro expresión acertada, los más prosaicos manejos de la vida y los tristes momentos de la muerte, risas y llantos, goces y dolores, virtudes y acciones perversas. Desde el nacer hasta el morir todo se detalla con asombrosa fidelidad, presentando como sombra de lo bueno á lo malo y pintando lo feo al lado de lo bello, mezclando atinadamente los colores y demostrando una elección y acierto dignos, en verdad, del arte más puro.

Y en vano se buscarán grandes faltas en estas escenas sueltas y estos estudios de costumbre, pues lucen en ellos las cualidades exigidas y las perfecciones recomendadas. Podrán hacerlos mejor, los han hecho, desde luego, Mesonero y Pereda; pero no es justo pedir á la luna luz clara y brillante del sol. En *Riverita* se encuentran joyas de preciado valor, montones de oro inestimable, riquísima mina de frases é ideas. Fondo y forma, pensamiento y lenguaje, son dignos de ser imitados, bien concebidos y expresados perfectamente.

Mas como no hay obra humana sin defectos, también los hay en la novela de Palacio Valdés, y, por desgracia, de mucha importancia. Aunque es verdad que no es solo el autor el culpable, y son, en mucho, efecto aquellos de los modelos seguidos y el gusto de la época.

No todo lo que es verdad ni todo lo que pasa en el mundo puede servir de asunto para una novela; necesítanse otros requisitos que no se han tenido presentes en *Riverita*. Tiene que haber en el argumento algo de verdadero inte-

res, que se salga de lo particular y determinado, algo que sirva de expresión á causas generales y refleje en sí lo que pueda ser de importancia común. La misión de la novela es presentar tipos, no individuos de estas ó otras cualidades, y han de ser algo más que una detallada *biografía*. Así se ha hecho siempre y á esto deben su mérito principal los grandes modelos de todas las literaturas: Oteló es el celoso de todos los tiempos y todas las naciones; D. Quijote, aparta de su representación particular, relativo á una época, es el hombre de todos los días, aspirando á un mundo mejor del que habita. Consuelo es la mujer frívola y materializada de nuestro siglo. Fabián Conde, el calavera de las modernas Babilonias, Mechelin y Tremontorio, la práctica y sublime encarnación de una raza que conserva todavía incólumes sus antiguas glorias y virtudes.

No tiene por objeto la poesía, cualquiera que sea el género que se considere, lo que tiene por fin la historia, aunque sea la nueva historia de Macaulay y de Taine. Ha de haber siempre algo universal en la obra de arte, muy superior á todas las influencias y que sobreviva á lo singular y especificado. Hombre ha de ser el personaje que represente algún dato común y ordinario y sirva de generalización exacta en nobles cualidades ó malas pasiones. Copiar por copiar y detallar la vida de un individuo, sea el que fuere, revela mérito en verdad; pero no señala el que debe adornar al artista. Tiene la novela un campo inmenso, apenas definido y marcado, que todo lo abarca y todo lo aprovecha, donde los detalles buscan los rasgos menos fijos, lo mismo los sentimientos que las costumbres, las pasiones ó los pensamientos: tiene la novela á la vida humana como fuente inagotable en que inspirarse; y es la vida algo más que vagas insustancialidades é insignificantes acciones, es un vasto compendio de ideas y de hechos, expresión siempre de algo ordinario, universal é ilimitado.

¿Porqué, pues, Palacio Valdés, que sabe perfectamente todo esto, que goza de un talento clarísimo y observador, no ha sacado á su libro de los estrechos límites á que le ha sujetado y no ha presentado un estudio con olvido de los asuntos que ha esbozado en su novela? ¿Porqué no ha ascendido á donde ha debido ascender y no se ha circunscrito á pintar lo que tuviera inmediata relación con el asunto y á describir lo que tuviera alguna influencia ó alcance? ¿A qué entretenerse en el dibujo de cosas y hechos de excasa importancia, y nada relacionados con el pensamiento principal? ¿Para qué remover todo lo imaginable y esforzarse en presentarlo todo, siguiendo uno por uno los pasos de Miguel Rivera y haciéndonos conocer á todas las personas que encontraba este en el camino y todos los lugares que visitaba?

El argumento, pensamiento ó asunto de una novela es el tema capital de esta, y no un mero pretexto para la exhibición de bocetos y estudios aislados y más que inoportunos, por bien trazados que se presenten. Lo principal es lo principal, y los detalles no son más que accesorios. Así como no son suficientes las excelencias de la forma, sino que se exigen igualmente las del fondo; así también no basta la perfección en los episodios, y es necesaria de la misma manera en lo preferente y esencial.—¡Lástima, por consecuencia, y lástima grande que *Riverita* no está inspirada en estas consideraciones!

Después de escribir tanto y tan desordenado, necesario es recapitular.

Hablando imparcialmente y estudiando la cuestión de buena fé, no puede menos de declararse que *Riverita* adolece de un defecto muy grande; pero que aterra, al paso, muchas bellezas, y bellezas de buena ley. Consecuencia precisa de las doctrinas dominantes, resíetense la referida novela de la falta de interés dramático y exagerada sencillez de la acción; más, producto del ingenio y la habilidad del autor, preséntanse en ella rasgos de verdadero mérito y pasajes dignos ciertamente de todo encomio. Preocupaciones y errores hoy muy extendidos han sido causa de esas equivocaciones; no hay que atribuir las solo al escritor y hacerle culpable de lo que es efecto de algo superior á sus fuerzas.

El Idilio de un enfermo y *José* habían elevado á Palacio sobre los aspirantes á novelistas: su última producción ha venido á demostrar que posee cualidades para serlo. Y bien puede decirse sin exagerar que, callados hace tiempo Valera y Alarcón, cansado Galdós de publicar dos libros cada año, saboreando Pereda los triunfos adquiridos y tratando de convencerse de que son merecidos los laureles que en todas partes le alcanzó *Sotileza*, *Riverita*, que ha visto la luz entre el silencio y la indiferencia de los que han aplaudido entusiasmados *El Taciturno*, *El Archimillonario*, *Después de la batalla* y otros ejemplares de la clase, es la mejor novela de la temporada.

PEDRO SANCHEZ.

4 de Abril de 1886.

MADRID.

Por galantería, ya que los españoles blasonamos de galantes, aunque no lo somos siempre, debiera haber hablado ya en estas crónicas de la compañía de opereta italiana que desde el miércoles de ceniza actúa en el teatro de la Comedia; pero no empezó la temporada con buena fortuna, gracias al des-

chadado tino de que dió muestra al elegir obra para su estreno, y á mí me pareció más galante, amen de más justo, esperar sus trabajos sucesivos, que no ponerla desde luego el sambenito y la corzoza que la seña como se llaman ellos, injuriando gravemente al idioma patrio.

Hoy ya es otra cosa: la hemos visto representar cuatro ó cinco operetas conocidas, y, por tanto, podemos juzgarla con perfecto conocimiento de causa.

No hablemos de *Donna Inés*, la obra del debut.

Figúrense ustedes que se trata de un libretto de costumbres españolas escrito por un italiano que no sabe de nosotros más que lo que han querido decir algunos novelistas franceses, y lo que él ha visto por sus ojos en los países de los abanicos y en las cubiertas pintarrajeadas de las cajas de higos pasos. En cuanto al españolismo de la música corre parejas con el del libretto. Una jota sobada y el más sobado todavía *capotín*, *tín* y pare usted de contar. Los demás aires,—que cualquiera llamaría colados—lo mismo que en España como españoles, podrían pasar en China como chinos.

Y decían que se estrenaban con semejante mamarracho por lisonjear nuestro patriotismo. ¡Si tendrán menguada idea de nosotros!

Por supuesto, que la culpa de estos desmanes la tiene *Donna Juanita*, opereta que hemos saboreado y aplaudido infinidad de noches, primero en italiano y después en nuestro idioma.

Pero *Donna Juanita* no debe hacer regla; porque es una de las partituras más bellas é inspiradas de Suppé, y ahí está el toque de su éxito. Nos hacían reír á careajadas los chulos y chulas de San Sebastián, y la fiesta de la Jamáica, y los nombres de los personajes, y otra porción de desatinos; pero empezaba la música y no había más remedio que oír la con deleite, y, al concluir cada número, aplaudirle con entusiasmo.

En *Donna Inés*, ya lo he dicho, no había semejante compensación, y las insulseces y necedades del libro, nunca bastante ponderadas, parecían soportables y hasta ingeniosas cuando se nos calumniaba en solfa.

Después de esta opereta, que seguramente no habrá gustado tampoco á los italianos,—les hago esa justicia,—se han representado las siguientes, salvo omisión, que error ya sea que no lo hay: *Les cloches de Corneville*, *Giroflé-Giroflá*, *Bocaccio*, *La bella Elena* y *Satanello*, todas ellas conocidas en España con los mismos nombres, excepto la primera y la última que entre nosotros se titulan: *Las campanas de Carrión* y *Babilón*.

De *La bella Elena*, ya se acordarán ustedes. Es la misma que alcanzó tanto éxito y que vimos todos con alborozo en aquella época, que algunos imbéciles sienten que haya pasado, en que estaba el género bufo en todo su apogeo y esplendor.

¡Ah! ¡Pues si vieran ustedes qué envejecida la hemos encontrado ahora, y eso que apenas tendrá diez y seis años! ¡Qué estupidas nos han parecido las situaciones, qué tonos los chistes, suponiendo que los haya, y qué callejera la música!

Aparte de que los coros son numerosos y están bien ensayados, lo que por esta tierra se vé muy pocas veces, la compañía, con ser italiana y todo, es como cualquiera de las que andan cantando zarzuelas por esas provincias de Dios.

Un caricato que tiene mucha gracia, una típle como la Soler Di-Franco ó otra que tal, una característica simpática, un barítono bueno, y el resto, simples mortales que cantan operetas como si hicieran zapatos ó fabricaran jaulas de grillos, regularmente y solo para ganarse la vida, es decir, sin que el deseo ó la ambición de gloria hayan entrado para nada en sus cálculos y propósitos.

Resulta, pues, que lo notable de este espectáculo no es la gente, sino los trastos; y cuenta que empleo la palabra en su sentido recto.

Porque eso sí; las obras se presentan muy bien vestidas y las coristas perfectamente desnudas.

Todas las decoraciones y el atrezzo todo han venido de Italia y no les falta más que hablar, como decía cierto cómico alabando un cuadro que representaba á un perro.

Cuando sale el coro de señoras, como enfáticamente le llama el segundo apunte, ya pueden estar ustedes seguros de que, cante como cante, aunque por regla general lo hace bien, ha de oír aplausos en cuanto la orquesta cese.

Los vestidos cortos y las pernetas al aire, y si no al aire precisamente, solo cubiertas por las medias bordadas en colores, ó las mallas de color de carne, obtienen un éxito todas las noches.

Y vaya al diantre la música de Lecocq ó de Suppé en la que no se fija casi ninguno, que.

Pues y cuando se toca el *can-can*, que no falta nunca en las operetas francesas, y la Right—una típle muy hermosa por el como un sereno—echa las piernas por el aire, después de recoger la falda con ambas manos, y hace que la imiten no solamente el coro de ambos sexos, sino todas las partes principales que están en escena? ¡Ah! Entonces el entusiasmo del público raya en delirio como dicen los revisteros, siempre hiperbólicos, y con toda seguridad hay que repetir el número.

Ahora una nota cómica.

Se representaba *Giroflé-Giroflá* y hacia el papel de Marrasquino una joven muy bella que cantaba horriblemente.

—¿Cómo se llama esa señora?—pregentó un escritor humorístico.

—Gatini, le contestó el que estaba á su lado.

—¿Gatini?... ¡Pobrecita! Nos ha traído de Italia el chiste hecho.

S. de Trasmiera.

9 de Abril de 1886.